

tado contra la fría piedra del silencio». En esto, y en tanto, Grecia es un símbolo. «De todos los pueblos—pudo plagiar Goethe—fueron los griegos los que mejor soñaron el sueño de la vida» en la cuna del lenguaje.

La poesía que dejara entre las mallas del lenguaje el polvo de la existencia banal de las cosas que canta se destruiría a sí misma por lo que tiene de falsedad real. Los varones sesudos que hablan de poesía con ligereza olvidan la sentencia de Aristóteles recogida por Averroes: la poesía es más verdadera que la misma historia; o traducida al sentido más auténtico: más grave y filosófica profesión es la de la poesía que la de la historia. La poesía se funda en sí misma, en su propia expresión; obra sobre las cosas que pierden su entidad prosaica y ganan la poética en la taumaturgia del lenguaje, conformándose, y adecuando forma a forma. Si las imágenes son la carne de la poesía y las palabras su sangre, como quiere D'Ors, será a condición de que viva en la palabra la imagen, en la sangre la carne. La poesía no es traducible ni al lenguaje de la prosa. No ganan las cosas un nuevo ser como materia con el feliz advenimiento de una forma nueva. Se les reconoce su entidad a las cosas—entidad prosaica—para gozarnos en que la pierdan y descubran su ser, amancebado en la luz del lenguaje. El tiempo es el dominio del poeta, declara Lessing; pero no para vivir de él ni para ser llevado por él como en volandas. El tiempo, no en problemática filosófica, que tiene mucho que ver con el frío tiempo patológico del esquizofrénico, como nos recordaba Alberca, sino el tiempo en su amabilidad de permitirnos la vida temporal y el hablar de eternidades. Es falso, formalmente erróneo, que toda poesía vaya a parar al drama.

Con ser lenguaje la poesía, es todo lo contrario que un juego de palabras. El juego no conforma, sino divierte. Y cabalmente el lenguaje de la poesía nos convierte a las cosas, no

